

Utopía y desencanto en la vida cotidiana en la posguerra

José Luis Rocha

Reseñas de *Las secuelas de la paz. Criminalidad, incertidumbre y transición de la democracia en El Salvador*, de Ellen Moodie, San Salvador, UCA Editores, 2017, y *Cotidianidad revolucionaria. Género, violencia y desencanto en la posguerra salvadoreña*, de Irina Carlota Silber, San Salvador, UCA Editores, 2018.

Las antropólogas estadounidenses Ellen Moodie e Irina Carlota Silber recorrieron barrios y aldeas de El Salvador para plasmar en sendas tesis doctorales cómo los salvadoreños de a pie viven la posguerra en la cotidianidad de un país sembrado de miedos y secuelas de la guerra y de la paz. Con la excepción de algunos filmes documentales, creo que no se ha hecho nada semejante —con la misma sistematicidad— en otro país centroamericano. Sus investigaciones cristalizaron en los libros *Las secuelas de la paz* y *Cotidianidad revolucionaria*. En ambos recogen testimonios que son imprescindibles para tomarle el pulso al estado de la utopía revolucionaria entre los ciudadanos comunes una vez finalizada la guerra.

Moodie subtituló su obra “Criminalidad, incertidumbre y transición de la democracia en El Salvador”. Esa democracia que desmenuza no fue el sueño esperado. La ola de crímenes malogró los sueños democráticos con una carnicería peor que la de la guerra: inmediatamente después de firmados los Acuerdos de Paz, en 1995 “la Fiscalía reportaría 7,877 homicidios intencionales, para una tasa de asesinatos de 138.9 por cada 100,000 habitantes —más que la tasa anual de muertes violentas durante la guerra, la más alta en las Américas y la segunda, sólo después de Sudáfrica, en el mundo—”¹. Esa violencia es desabrida, no tiene la dirección y el lustre de la violencia anterior porque la Policía Nacional Civil la ha despolitizado, “convirtiendo las violaciones de la ley en hechos atomizados, descontextualizados”².

1 Ellen Moodie, *Las secuelas de la paz. Criminalidad, incertidumbre y transición de la democracia en El Salvador*, San Salvador, UCA Editores, 2017, p. 84.

2 Moodie, 2017, p. 115.

De esa forma, sostiene Moodie citando a Marx, cada hombre antes de convertirse en un cadáver no era más que “un individuo retraído en sí mismo, en los confines de sus intereses privados y caprichos privados”³. Los salvadoreños eran conscientes de vivir en un mundo cambiante.⁴ Estaban arribando a un mundo donde se erosionó el sentido de pertenencia. Por eso “la gente describía el peligro de la posguerra como una experiencia cada vez más personal, más privada”⁵.

Esa afirmación está en el gozne de la investigación de Moodie y de la relación de la posguerra con la utopía porque la violencia del pasado se nutrió de “una pasión socialmente motivada, por patriotismo o por nacionalismo (fuese de izquierda o de derecha)”⁶. La violencia era alimentada por el sueño de un mundo mejor. Y aunque esa combinación resulte paradójica desde más de una perspectiva, el hecho constatable es que la violencia ideológicamente motivada era más manejable: “Sí, es terrible la situación de hoy, porque durante la guerra si yo sabía que eran de la guerrilla, no tenía miedo de que me mataran o me hicieran algo, porque les explicaba y, entonces, estaba bien; pero con el Ejército, si te topabas con ellos, en los retenes, yo tenía miedo, porque ellos no preguntaban ni esperaban explicaciones. (...) Y siento que quizás peor es hoy. El asunto hoy con la delincuencia es que nunca sabés dónde está, ni quién es. Puede ser cualquiera, puede ser en cualquier momento, porque hoy ves criminales en carros último modelo, armados hasta los dientes, carros con ventanas polarizadas, que de repente se detienen en una esquina”⁷.

El nivel de incertidumbre es mayor porque la violencia de la guerra obedecía a ciertas pautas: lugares (los retenes), personas uniformadas, interrogatorios o registros, etc.

La violencia de la posguerra es anárquica en el sentido de que no se rige por protocolos que la hagan mínimamente predecible. Por eso el entrevistado por Moodie agrega: “Aprendés cómo reconocer cuándo había peligro, cómo actuar en un ambiente peligroso. Sabíamos que no se podía ir a este lugar, a esa hora; sabíamos que había zonas donde no podíamos entrar fácilmente. Aprendés a manejar diferentes tipos de peligro (...) Hasta cierto punto, aprendés a seguir el juego. Hoy no. Hoy no sabemos. No hay un enemigo, ni hay un amigo. No hay una causa, una lucha, que genere la violencia. Es solo delincuencia”⁸.

El tema que recorre el libro de Moodie es la delincuencia y su presentación en los medios de comunicación y los discursos de los políticos como un fenómeno individual, atomizado, asocial y sobre todo desvinculado de la política. Este es el sedimento de la guerra, la cosecha de la paz: la violencia desutopizada es anárquica porque no se rige por pautas ni por un código mínimo. Pero la carencia de utopía que afecta al común de los ciudadanos es aún más dolorosa para quienes combatieron por ella. Ese es el tema de Irina Carlota Silber.

Silber dio el siguiente subtítulo a su trabajo: “Género, violencia y desencanto en la posguerra salvadoreña”. El desencanto que ejemplifica con anécdotas y reflexiones es el de antiguos combatientes que, como los personajes de los novelistas salvadoreños Horacio Castellanos Moya y Miguel Huezco Mixco, rememoran con amargura sus experiencias en la guerra y/o evalúan con acritud los resultados de la paz. Esas son las que llama las “secuelas enredadas” de la guerra y el desplazamiento, que lo son porque las vidas de los combatientes aparecen ahora enmara-

3 Moodie, 2017, p. 116.

4 Moodie, 2017, pp. 142 y 155.

5 Moodie, 2017, p. 151.

6 Moodie, 2017, p. 151.

7 Moodie, 2017, p. 168.

8 Moodie, 2017, pp. 169-170.

ñadas, atrapadas, confundidas y entretejidas.⁹ “En este enredo —nos explica Silber—, la gente reflexiona sobre las mentiras de la revolución y la democracia”¹⁰; es decir, sobre la utopía que animó la guerra y la utopía que creyó en la paz. Las vidas de estas personas se han enredado porque se les ha pedido, como al Robocop de la novela *El arma en el hombre*, de Castellanos Moya, que después de ser combatientes se reciclen “en legítimos sujetos neoliberales (...); a los miembros de la comunidad se les pide contradictoriamente que renuncien a sus identidades como ‘revolucionarios’ y que desarrollen un nuevo sentido de sí mismos como ciudadanos productivos de la posguerra”¹¹.

Los dirigentes se desentendieron de la forma traumática en que sus bases vivieron la transición porque se desconectaron de ellas. Quizás esa desconexión ocurrió en la mesa del diálogo o antes. Fue el momento de renunciar a la utopía. Silber asevera que la guerrilla debió prolongar la negociación para arrancar más concesiones al Gobierno¹² y que las que obtuvo cuando firmó los Acuerdos de Paz “conspiran para marginar de nuevo a los habitantes de las comunidades destruidas, subordinándolos a una agenda política neoliberal y conservadora”¹³. Esto hace que al activismo de la guerra le siga una saturación de desencanto: “[E]n las conversaciones cotidianas, cuando las personas visitan a sus vecinos y parientes, van en el bus, se sientan en tiendas locales, o participan en eventos, no es raro escuchar discusiones sobre cómo no han recibido nada más que tristeza y pérdida por su participación en la guerra”¹⁴. Algunos

dicen, apuntando el sueño que quedó en adquisiciones pedestres: “Mucha gente ve como beneficio aquellas cuatro sillas, una mesa y una cocina, que le dieron al desmovilizado. Pero la verdad es que la lucha no valía cuatro sillas, una mesa y una cocina”¹⁵.

No se cumplieron las aspiraciones que los llevaron a protagonizar una forma de violencia y en la posguerra surgió otra forma de violencia que es como la describieron los entrevistados por Moodie —“omnipresente y arbitraria”— y que carece de brillo porque, “a diferencia de los mártires durante la guerra, los que mueren en estas condiciones no eligen intencionalmente un camino cuyo fin probable es la muerte”¹⁶.

Por todo esto la posguerra es una lucha constante contra el engaño.¹⁷ El engaño fue la utopía y sus exigencias. Sobre ella se emite un juicio severo: “La gente ya no está dispuesta a sacrificar su felicidad, entre comillas, de hoy, por una felicidad de doscientos años. O seguirse sacrificando hoy por las generaciones futuras. En realidad, en el fondo, yo creo que la gente ha entendido que la lucha es la lucha por ser feliz hoy y mañana, mañana también, pero hoy también. Los dirigentes históricos no pueden seguir exigiendo el mismo sacrificio de ese período. Y no solo porque las condiciones ya son otras, sino porque subjetivamente la gente ya no cree que debe seguir haciendo ese tipo de sacrificio por algo que ya no solo mira lejano, sino imposible...”¹⁸. En la búsqueda de esa felicidad de hoy, que es la felicidad de los hombres y las mujeres concretos, la gente concibió otro sueño: el sueño americano. En el municipio bajo el

9 Irina Carlota Silber, *Cotidianidad revolucionaria. Género, violencia y desencanto en la posguerra salvadoreña*, San Salvador, UCA Editores, 2018, p. 15.

10 Silber, 2018, p. 15.

11 Silber, 2018, p. 15.

12 Silber, 2018, p. 95.

13 Silber, 2018, p. 17.

14 Silber, 2018, p. 91.

15 Silber, 2018, p. 94.

16 Silber, 2018, p. 20.

17 Silber, 2018, p. 22.

18 Silber, 2018, p. 24.

estudio de Silber, el 30.9 % de los hogares tienen al menos un migrante.¹⁹

La esperanza mágica y abarcadora de los revolucionarios languideció y de ahí se derivaron muchas consecuencias. La utopía no es solo un marco regulatorio, sino es en gran medida eso: un referente que encarna criterios ideales para juzgar la situación presente, y que, además —como vimos en Moodie—, generaba unos “protocolos” que hacían de la violencia un riesgo hasta cierto punto predecible. Ese criterio de valoración de la violencia actual es empleado una y otra vez por las personas a quienes Moodie y Silber entrevistaron. Lo usan para evaluar la violencia del presente en contraste con la del pasado. Una es meramente delincuencia, otra estaba inspirada en ideales. Por sus volúmenes y su resistencia a la predictibilidad, la violencia de la posguerra es percibida como una amenaza más temible y omnipresente. También porque no hay utopía, porque ocurre en un mundo desencantado. El de antes era uno en que la gente —con razón o sin ella— “pensaba que las demás personas, dentro de

sus comunidades, se preocupaban unos por otros —que se cuidaban, por lo general, de una forma humanista—”, observa Moodie.²⁰ Y añade: “[C]uando muchos salvadoreños dijeron que ‘es peor que la guerra’, no solo hablaban de inseguridad callejera. Hablaban de un imaginario social cambiante, de una pérdida de comunidad, de una solidaridad que se les escapaba —una pérdida de las tan ansiadas esperanzas después de los Acuerdos de Paz de 1992—. Un desencanto democrático”²¹. Hablaban de que no solo perdieron la utopía del cambio de sistema, sino también la utopía de la paz.

Los trabajos de Moodie y Silber son ventanas complementarias e imprescindibles para entender los desencantos de El Salvador de hoy, un país donde la utopía de la guerra y la utopía de la paz naufragan en la vida cotidiana de muchos salvadoreños. La utopía, que no siempre es un tema explicitado en los textos, es una constante, tanto para contrastar el presente como para formular la magnitud de los sueños rotos.

19 Silber, 2018, p. 37.

20 Moodie, 2017, p. 202.

21 Moodie, 2017, p. 279.